

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera lectura: Ez 37, 12-14

Por eso profetiza y diles: Esto dice el Señor: Yo abriré vuestras tumbas, os sacaré de ellas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestras tumbas y os saque de ellas, sabréis que yo soy el Señor. Infundiré en vosotros mi espíritu, y viviréis; os estableceré en vuestra tierra, y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago. Oráculo del Señor.

Salmo responsorial: Sal 129, 1-8

R. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Desde lo más profundo clamo a ti, Señor:

¡Señor mío, escucha mi voz!

¡Estén tus oídos atentos a mi voz suplicante!

Si tienes en cuenta las culpas, Señor, ¿quién podrá resistir?

Pero en ti se encuentra el perdón, por eso te honramos.

Yo espero en el Señor con toda mi alma, confío en su palabra;

espero en el Señor más que los centinelas la aurora.

Espera, Israel, en el Señor; suyo es el amor y el rescate generoso.

¡El libraré a Israel de todas sus culpas!

R. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Segunda lectura: Rom 8, 8-11

Así pues, los que viven entregados a sus apetitos no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no vivís entregados a tales apetitos, sino que vivís según el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, es que no pertenece a Cristo. Ahora bien, si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo esté sujeto a la muerte a causa del pecado, el espíritu vive por la fuerza salvadora de Dios. Y si el Espíritu de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos hará revivir vuestros cuerpos mortales por medio de ese Espíritu suyo que habita en vosotros.

Evangelio: Jn 11,1-45

Un hombre, llamado Lázaro, había caído enfermo. Era natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, es la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos).

Sus hermanas mandaron a Jesús este mensaje:

-Señor, tu amigo está enfermo.

Jesús, al enterarse, dijo:

-Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad

manifestar la gloria de Dios; a través de ella se dará también a conocer la gloria del Hijo de Dios. Por eso, Jesús, aunque tenía gran amistad con Marta, con su hermana y con Lázaro, continuó en aquel lugar otro par de días después de haber recibido el mensaje que le habían enviado. Pasado este tiempo, dijo a sus discípulos:

-Vamos otra vez a Judea.

Ellos replicaron:

-Maestro, hace poco que los judíos quisieron apedrearte. ¿Cómo es posible que quieras volver allá?

Jesús respondió:

-¿No es cierto que el día tiene doce horas? Cualquiera puede caminar durante el día sin miedo a tropezar, porque la luz de este mundo ilumina su camino. En cambio, si uno anda de noche, tropieza, porque le falta la luz. Y añadió:

-Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero yo iré a despertarlo.

Los discípulos comentaron:

-Señor, si se ha dormido, es señal de que se recuperará.

Jesús hablaba de la muerte de Lázaro, mientras que sus discípulos entendieron que se refería al sueño natural.

Entonces Jesús se expresó claramente:

-Lázaro ha muerto. Y me alegro de no haber estado allí, por vuestro bien; porque así tendréis un motivo más para creer. Vamos, pues, allá.

Tomás, por sobrenombre «el Mellizo», dijo a los otros discípulos:

-Vamos también nosotros a morir con él.



A su llegada, Jesús se encontró con que hacía ya cuatro días que Lázaro había sido sepultado. Betania está muy cerca de Jerusalén, como a dos kilómetros y medio, y muchos judíos habían ido a Betania para consolar a Marta y María por la muerte de su hermano. Tan pronto como llegó a oídos de Marta que llegaba Jesús, salió a su encuentro; María se quedó en casa. Marta dijo a Jesús:

-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero, aun así, yo sé que todo lo que pidas a Dios él te lo concederá.

Jesús le respondió:

-Tu hermano resucitará.

Marta replicó:

-Ya sé que resucitará cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al fin de los tiempos.

Entonces Jesús afirmó:

-Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que esté vivo y crea en mí, jamás morirá. ¿Crees esto?

Ella contestó:

-Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo.

Terminada esta conversación, Marta se fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído:

-El Maestro está aquí y te llama.

María se levantó rápidamente y salió al encuentro de Jesús. Jesús no había entrado todavía en el pueblo; se había detenido en el lugar donde Marta se había encontrado con él.

Cuando los judíos que estaban con María en casa consolándola, vieron que se había levantado rápidamente y había salido, la siguieron, pensando que iría al sepulcro para llorar allí. Sin embargo, María se dirigió adonde estaba Jesús.

Cuando lo vio, se puso de rodillas a sus pies y exclamó:

-Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.

Jesús, al verla llorar, y a los judíos, que también lloraban, lanzó un hondo suspiro y se emocionó profundamente.

Después les preguntó:

-¿Dónde lo habéis sepultado?

Ellos contestaron:

-Ven, Señor, y te lo mostraremos.

Entonces Jesús rompió a llorar. Los judíos comentaban:

-¡Cómo lo quería!

Pero algunos dijeron:

-Éste, que dio la vista al ciego, ¿no podía haber hecho algo para evitar la muerte de Lázaro?

Jesús, de nuevo profundamente emocionado, se acercó más al sepulcro. Era una

cueva, cuya entrada estaba tapada con una gran piedra. Jesús les ordenó:

-Rodad la piedra hacia un lado.

Marta, la hermana del difunto, le advirtió:

-Señor, tiene que oler muy mal, porque ya hace cuatro días que murió.

Jesús le contestó:

-¿No te he dicho que, si tienes fe, verás la gloria de Dios?

Cuando rodaron la piedra, Jesús, mirando al cielo, exclamó:

-Padre, te doy gracias, porque me has escuchado. Yo sé muy bien que me escuchas siempre; si hablo así es por los que están aquí, para que crean que tú me has enviado.

Terminada esta oración, exclamó Jesús con voz potente:

-Lázaro, sal fuera.

El muerto salió del sepulcro. Tenía las manos y los pies vendados y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

-Quitadle las vendas para que pueda andar.

Al ver lo que Jesús había hecho, muchos de los judíos, que habían ido a visitar a María, creyeron en él.

Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1. Situación y contemplación

Cada domingo sentimos más vértigo, pues la Cuaresma quiere ayudarnos a la conversión propia del Reino, la que viene dada por la muerte y resurrección del Hijo de Dios. De ahí la paradoja: que la conversión aparece, cada vez más, como imposible; y, sin embargo, en esa impotencia, en esa muerte, se revela la gloria de Dios, el amor que crea vida de la muerte.

Lee despacio Jn 11. No te pierdas en lo espectacular del milagro. El texto evangélico introduce en la dialéctica de la fe.

— Por una parte, están los discípulos, dispuestos a la generosidad, pero torpes y ciegos para entender el modo de actuar de Dios.

— Por otra parte, Marta, que aprende a creer a través de lo humano sensible, de la necesidad de recuperar a su hermano difunto.

— Los judíos, vigilando, preguntando, y fuera de onda.

— María, que deja hacer a Jesús, de fe elemental, amorosa.

— Y Jesús, el único que sabe lo que lleva entre manos: que con esta resurrección va a jugarse su destino personal, su misión sanadora. La gloria de Dios va a manifestarse en este milagro, anticipando su propia consumación: su resurgir de la muerte.

El texto, pues, nos presenta la correlación entre muerte-resurrección y acto de fe.

Somos llamados a:

— Creer en el Dios que crea vida de la muerte, el que da sentido al sin-sentido, el que transforma nuestro pecado en lugar privilegiado de la gloria de su Gracia...
— Creer, en definitiva, es encontrarse con la muerte (en todas sus formas: finitud, odio irracional, negación de Dios, sin-sentido del sufrimiento, poder tenebroso del mal, muerte de los inocentes...) y sentir que Dios mismo ha tomado sobre sí nuestra condición humana, llegando más lejos que nosotros, hasta el final, y encontrarnos con la ternura omnipotente de su amor, recreándolo todo de la nada.
La primera y segunda lectura nos hacen ver que no hablamos literariamente, sino de promesas y realidades de Dios.

2. Reflexión

¿Qué Dios es éste?

¿Qué fe es la nuestra, que nos hemos hecho un Dios a la medida de nuestras necesidades? En cuanto Dios no responde a nuestras expectativas, deja de existir para nosotros.

Y, por desgracia, hay demasiados cristianos que rezan y van a misa, pero, en su fuero interior, son ateos.

Es menos ateo el que no cree en la existencia de Dios, pero cree en la victoria del amor sobre el odio y espera contra toda esperanza en el futuro del hombre, y lucha (da razón a la vida sobre la muerte), que el que afirma la existencia de Dios, pero

- se pasa la vida quejándose de los demás y de sí mismo,
- dejando que el mundo se pudra en su insolidaridad,
- o desesperando de su propia capacidad de amor.

3. Praxis

El único pecado, en definitiva, como suele repetir Jesús en el Evangelio de Juan, es la incredulidad.

Pide al Señor luz para descubrirlo:

- Incredulidad es preferir las propias obras al amor gratuito de Dios.
 - Y medir al hombre por etiquetas preestablecidas (morales, religiosas, éticas, culturales...). “Los otros”, que no tienen remedio.
 - Y utilizan lo religioso como arma para controlar a Dios y la salvación-condenación.
 - O aferrarse al propio pecado e impotencia para no abrirse a la acción de Dios.
- Grita al Señor como el padre del niño epiléptico:
¡Creo, pero ayúdame a tener más fe!
Vuelve a leer las lecturas de este domingo y verás cómo ha cambiado tu interpretación. Te sentirás interpelado a niveles más hondos, en la calidad misma de tu fe.

¡Cuánto nos cuesta comprender que convertirse consiste en creer! Así comenzamos la Cuaresma: ¡Convírtete, y cree en el Evangelio!

TEXTO DE FRANCISCO: Admoniciones (Adm 1-13)

¹Dice el Señor Jesús a sus discípulos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí.* ²*Si me conocierais a mí, ciertamente conoceríais también a mi Padre; y desde ahora lo conoceréis y lo habéis visto.* ³*Le dice Felipe: Señor, muéstranos al Padre y nos basta.* ⁴*Le dice Jesús: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también a mi Padre (Jn 14,6-9).* ⁵*El Padre habita en una luz inaccesible (cf. 1 Tim 6,16), y Dios es espíritu (Jn 4,24), y a Dios nadie lo ha visto jamás (Jn 1,18).* ⁶*Por eso no puede ser visto sino en el espíritu, porque el espíritu es el que vivifica; la carne no aprovecha para nada (Jn 6,64).* ⁷*Pero ni el Hijo, en lo que es igual al Padre, es visto por nadie de otra manera que el Padre, de otra manera que el Espíritu Santo.* ⁸*De donde todos los que vieron al Señor Jesús según la humanidad, y no vieron y creyeron según el espíritu y la divinidad que él era el verdadero Hijo de Dios, se condenaron.* ⁹*Así también ahora, todos los que ven el sacramento, que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por mano del sacerdote en forma de pan y vino, y no ven y creen, según el espíritu y la divinidad, que sea verdaderamente el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, se condenan,* ¹⁰*como lo atestigua el mismo Altísimo, que dice: Esto es mi cuerpo y mi sangre del nuevo testamento, [que será derramada por muchos] (cf. Mc 14,22.24);* ¹¹*y: Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna (cf. Jn 6,55).* ¹²*De donde el espíritu del Señor, que habita en sus fieles, es el que recibe el santísimo cuerpo y sangre del Señor.* ¹³*Todos los otros que no participan del mismo espíritu y se atreven a recibirlo, comen y beben su condenación (cf. 1 Cor 11,29).*